

FABIÁN SANABRIA & HERNANDO SALCEDO (eds.)  
*Ficciones sociales contemporáneas*

Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, CES, 2009. 268 páginas.

“YO CREO EN MUCHAS COSAS QUE NO HE VISTO, Y USTEDES TAMBIÉN, LO SÉ”<sup>1</sup>

“Cada cabeza es un mundo”.

HÉCTOR LAVOE

El Grupo de Estudio de las Subjetividades y Creencias Contemporáneas GESCO aborda en este texto las variaciones del creer o “lo sagrado”, que desborda el ámbito tradicionalmente definido como religioso.

Así, se dan cita reflexiones sobre la ingenuidad bienhechora del antropólogo políticamente correcto (Fabián Sanabria); el manejo “irracional” de la incertidumbre a través del tarot (Rodrigo Ruiz); la experiencia “subjetiva” de vivir con tuberculosis en un sanatorio de Bogotá a mediados del siglo XX (Hernando Salcedo); el machismo como valor definitorio de lo masculino en algunas telenovelas colombianas (David Díez); el uso contextual de los términos que identifican al Caribe colombiano desde la interacción entre árabes, indígenas y mestizos (Hernando Salcedo); la construcción deficitaria del Estado desde la perspectiva de un barrio marginal exotizado por los medios de comunicación (Lukas Jaramillo); la idealización visual en pinturas o, más recientemente, fotografías e imágenes audiovisuales del macho alfa estatal o político moderno (Pablo Cuartas); el reordenamiento del conflicto Estado-subversión desde el discurso del terrorismo (Jorge Bula); representaciones de una masacre escolar en Estados Unidos con las que se busca conjurar la brutal

realidad de un hecho vivido paralelamente como inofensivo videojuego (Julián Sepúlveda); otra masacre escolar en Estados Unidos, pero comprendida ahora por la narración cinematográfica donde lo que importa es destacar la introducción de valores a sujetos a través del dispositivo escolar, en un contexto *massmediático* (Esteban Giraldo); y, finalmente, una conferencia de Fabián Sanabria pronunciada ante la Nueva Escuela Lacaniana que procura indicar cómo la autorrepresentación virtual o electrónica hoy no tiene una función de invitar al encuentro del otro sino de evitarlo, al sustituir el cara a cara por la incesante escritura del yo que presenta su querer ser antes que su constitución cara a cara con el otro, de quien se ha tomado distancia “gracias” a la tecnología. Este evento ya se había previsto en reflexiones literarias que indagaban por el Yo, o en las psicoanalíticas, que ubicaban ese evasivo Yo en el lenguaje.

Todas estas son aproximaciones a *lo real* desde *la ficción*. Esta búsqueda de validación intersubjetiva de unos estudios que, a su vez, denuncian el valor de la objetividad como una limitación para abordar esa interacción social, supone una apuesta grande en términos de los valores que los expertos definidos por la modernidad creen que los diferencian de los no expertos: los demás opinan, los expertos saben. Y saben porque lo que dicen no lo dicen a nombre personal, sino a nombre de los hechos o las evidencias objetivas.

El problema no es por los hechos: si es verificable que hubo o no masacre de adolescentes en un colegio de Estados Unidos

<sup>1</sup> Del tema “Oh, qué será”, incluido en el álbum *Fantasmas*, de Willie Colón (1981).

o atentados con carros bomba en Colombia. El debate es en torno a si las creencias (pre)modernas son entidades fijas de las que se puede obtener un conocimiento. No hay conocimiento sin objetos, pero tampoco lo hay sin sujetos que generen enunciados o representaciones sobre esos objetos. Tal vez las ficciones sean esos objetos encarnados en los sujetos mismos. Es decir, los sujetos se ciñen a reglas sociales impersonales. Lo que hacen es solo la expresión de lo que sería el objeto de estudio: lo que pueden decir o hacer. Porque los condiciona el lenguaje o la intencionalidad de la conciencia, pues serían condición de posibilidad del decir o el hacer. O bien, sería preciso tratar de obtener —por inducción, es decir, caso por caso— las reglas que sujetan a los sujetos o modelan sus subjetividades. Desechar esos objetos modernos de mirada distante, para optar por un par de lentes, la cámara fotográfica o el testimonio presencial puede ponernos en la perspectiva inmediateista del reportero que procura agotar en la información lo que viene a ser el significado de lo dicho o hecho por los sujetos.

El prólogo del sociólogo Gabriel Restrepo comienza con una reflexión de tipo ontológico y epistemológico: ¿qué existe?, ¿qué se puede conocer? Y a renglón seguido recuerda, ya no el problema cartesiano y kantiano de la oposición entre sujeto que conoce y objeto por conocer, sino la de Hegel, que es la oposición entre sujetos dispuestos a conocerse, pero en términos del reconocimiento que pueda dar el otro.

Las ficciones entonces vienen a dar cuenta de cómo se enfrenta esa soledad como sujeto privilegiado que pretende trascender sus condiciones de privilegio, pero sin abandonarlas (antropólogo comprometido); de la posibilidad de controlar o anticiparse al destino abandonado por la Divina

Providencia, gracias al tarot; de la experiencia de vivir y amar como actividades vitales desde un cuerpo tratado por médicos pero definido como inviable o no deseable socialmente; del hecho de ser hombre desde la expectativa de lo femenino o de lo masculino mediáticamente legitimado; o bien, demandar “el derecho a los derechos” en el contexto de marginalidad económica y social del barrio Nelson Mandela dado que a falta de la Divina Providencia (o su versión moderna, el Estado Leviatán), buenos o al menos soportables resultan los paramilitares.

La complejidad de las relaciones sociales y el papel que en ellas desempeñan los mitos y el lenguaje —a los que no se puede acceder por la vía de los lugares comunes de la modernidad mediática— producen célebres atolladeros posmodernos, tales como los descritos por Jean Baudrillard, quien diserta sobre la irrealidad de los medios de comunicación y la sustitución de los hechos o el mundo por su representación. Baudrillard es retomado por varios de los artículos para señalar que los medios masivos y el consumismo limitan, por su misma proliferación y omnipresencia, la comunicación con el otro. En otras palabras, como lo ha tratado de mostrar Guillermo Páramo con el análisis formal (lógica paraconsistente) de los mitos (sujetos más básicos de la vida, la muerte, el azar o la necesidad) desde diferentes “paradigmas” (narraciones míticas, cartas del tarot, películas, teatro, obras literarias, poesía), más que alegar que las ficciones son reales, o que las imágenes *massmediáticas* son ficciones, la pregunta o el asombro surgen ante lo ubicuas que resultan las ficciones “subjetivas” (mitos colectivos) para enfrentarse a los retos cotidianos que la gente resuelve echando mano

de esas ficciones que hacen accesibles los dilemas abstractos y profundos que la tribu escolástica aborda con la distancia de la academia. Al parecer, la gente resuelve las incertidumbres modernas o los vacíos que deja la objetividad de la racionalidad positivista con certidumbres del pensamiento

mágico y ficticio que el sentido común moderno cree haber superado.

FRANZ FLÓREZ

*Docente investigador*

*Departamento de Humanidades*

*Universidad Jorge Tadeo Lozano,*

*Bogotá*

## BEATRIZ GOUBERT BURGOS

### *Estado del arte del área de música en Bogotá D.C.*

Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá y Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte Observatorio de Culturas, 2009. 166 páginas.

Dentro de los esfuerzos que ha hecho la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte en los últimos años es de destacarse el trabajo encomendado a un grupo de investigadores para presentar un diagnóstico sobre el estado del arte del área de la música en Bogotá. Este diagnóstico, concebido bajo el marco teórico de las políticas culturales distritales 2004-2016, se elaboró junto con el de otras áreas artísticas: la danza, la literatura y las artes plásticas. La Alcaldía Mayor publicó dichos documentos en el 2006, y el último de estos corresponde al tema de la música (2009).

Siguiendo las directrices de la Alcaldía, el texto, una mezcla curiosa de diagnóstico analítico y ensayo propositivo, parte de tres dimensiones fijadas para todas las áreas por el documento arriba referido: la creación, la formación y la circulación en el área de la música de Bogotá. El capítulo introductorio llama enormemente la atención, pues ofrece un marco teórico que propone renovar los criterios con los que se analiza el quehacer musical. En primer lugar, señala las tensiones inherentes entre el reconocimiento del quehacer musical, visto como afectado, “tanto por su consideración como símbolo

de distinción y prestigio social, como por su potencial como objeto de venta y consumo” (p. 19). Partiendo de esta premisa, en el texto se sostiene que las prácticas musicales sufren un continuo proceso de resignificación que requiere herramientas para abordar los conflictos y negociaciones que implica el marco de la economía política de la cultura (p. 22). Según esta perspectiva, el texto señala el reto enorme de obviar un marco rígido, que es, por lo general, el utilizado para categorizar y sistematizar la música. Se trata, entre otros, de lo que los autores señalan como “el problema de los géneros musicales” (p. 22), por cuanto presuponen referentes histórico-espaciales que no tienen relevancia en un mundo cada vez más globalizado, lo que lleva a una “inconsistencia de las categorías por géneros para entender la realidad musical” (p. 23).

Se trata entonces de promover otros mecanismos para lograr que la música se proyecte, no como una práctica cultural sin una dinámica propia sujeta a referentes desactualizados y, por lo tanto, inadecuados, sino como una construcción social, para que desde esta posición se examinen las dimensiones de formación, creación, distribución y